

dad para calcular su defensa y en este enlace de ideas para distinguir el peligro, veíase todo su temple, pues un hombre, ó débil ó cobarde, se perturbara á las obsesiones del terror y perdiera el hilo de los pensamientos, viéndose, sobre todo, al borde oscurísimo de la muerte. Apercibido Montaperto á rechazar toda violencia, aun no había dado Lippi su salto, cuando ya sonaba el pito de alarma, llamando en su socorro la ligera y atrevida tripulación del barco. En tal rápida advertencia consistió su salvación. Filippo, que conocía todo lo triste de su suerte y que adivinaba todo lo inútil de un esfuerzo débil, se había abalanzado á su cuello con furor y lo tenía ya agarrado entre sus dedos de hierro, á punto casi de destrozarlo y de traer á su enemigo una inmediata asfixia. Mas la tripulación bajó con rapidez y le arrancó la víctima con celeridad; victoria naturalísima de la fuerza sobre el valor. Guido, al salir de los puños del pintor, amoratada la faz inyectados en sangre los ojos, cárdenos los labios, vibrantes los nervios, hinchadas las venas de las sienes, dió un grito y dijo: «al agua, al agua, al agua.» Los tripulantes cogieron á Lippi que no quiso manchar su trágica situación con una resistencia inútil, y sacándolo por la boca de la bodega, le arrojaron al agua como si fuera un cuerpo muerto. Chocó en el mar con siniestro estrépito, levantó al choque algunas gotas de agua que recayeron sobre la verdosa superficie, y se entregó á luchar con las ansias y los estertores de la muerte, mientras la velera nave bogaba indiferente, henchida por las brisas, en la celeste inmensidad.

Era una noche hermosísima, de esas que solamente se conocen allá por los celajes y las superficies del Mediterráneo. La luna llena, esmaltada por un plateado que tenía los cambiantes del nácar, se alzaba con magestuosa pausa por los bordes del horizonte. El mar, ligeramente rizado al soplo de una brisa fresquísima, tendía sobre sus aguas celestes como una blonda de espumas, en cuyos juegos la mustia luz del astro de la noche se quebraba, rielando de tal suerte que parecían sus reflejos como copia de los espacios celestes á la hora del nacimiento y de la formación de los astros. Cercano el sitio, donde cayera Lippi, á la desembocadura del Brenta, sus aguas tienen extraños matices fosfóricos, que, á pesar del claror de la luna, lucían y culebreaban, como una llama indecisa y azulada que se agitase á los estremecimientos de las ondas y á los soplos de las brisas. Por los límites ponientes de las líneas horizontales, el crepúsculo vespertino tendía un franja de púrpura, recuerdo del sol ausente, franja que aumentaba con sus destellos la solemnidad de aquella hora y la hermosura de aquel paisaje. Horizontes azules por los rayos de la luna entonados y rociados por algunas estrellas que difícilmente vencían y atravesaban las plateadas gasas de la luz lunar; aguas, como el cielo mismo de celestes, jaspeadas de espumas, las cuales á su vez teñíanse de cambiantes mágicos; rápidas fosforencias que fingían lazos de estelas brillantes y fugaces; brisas de esas que cantan y que

rizan con suavidad el mar; todo cuanto en la bóveda del cielo y en la inmensa superficie del Adriático se veía, todo, todo provocaba al goce y al recreo del alma identificada con la naturaleza por aquellas deslumbradoras revelaciones del sér y de la vida.

¡Oh! Cuánta tristeza se despierta en el corazón cuando al dolor humano con todos sus horrores opone Naturaleza su serenidad inalterable. Bajo aquel cielo deslumbrador; sobre aquellas aguas encantadas; entre el coro de las ondas que parecía un coro de diosas marinas sacando de los abismos sus esféricas cabezas coronadas por guirnaldas de algas y de perlas; á la luz plateada de la luna que inspira coloquios de amor y al centelleo pasajero de las fosforencias que parecen seductoras ilusiones; cantando las brisas y extendiéndose allá lejos los tranquilos campos de la orilla cuyas luces compiten con los puntos luminosos esparcidos en lo infinito; rodeado de tantos y tan varios aspectos de la vida universal y de tantas y tan variadas fulguraciones de la belleza eterna; un jóven, un génio, un artista, cuya mente guarda fuego más voraz que el fuego de los astros, cuya fantasía pinta paisajes más seductores que los paisajes del Mediterráneo, cuyo corazón tiene vida más exuberante que la misma Naturaleza, un jóven, ¡ay! en la flor de sus años combate porfiadamente con la muerte. Agilísimo en todos los ejercicios del cuerpo, y deseoso de retardar su última hora, á los primeros momentos nada con pasmosa celeridad, y dirige palabras entre suplicantes y amenazadoras á los mismos que en el mar lo han sumergido, conjurándolos á recogerlo y á salvarlo. Pero la nave, sorda á sus clamores, se aleja, se pierde, se desvanece, exhalando para mayor irrisión un coro que blasfema de Dios y de la humanidad, al oponer sus gozosas estancias y cadencias á los espasmos de la agonía y á los horrores de la muerte. Las fuerzas abandonan al artista; y tras el abandono de las fuerzas, no tendrá más remedio que tragar el agua en cuyas gotas va disuelta materialmente la muerte. Ya las ondas, le traen de acá para allá y juegan con su cuerpo como pudieran lugar con un objeto inerte; ya le cubren la cabeza, y le privan por algunos momentos de la respiración necesaria á la vida. ¡Lucha terrible! Sus brazos, con una fuerza verdaderamente hercúlea, apartan todos estos remolinos y tienen poder para contrastar la corriente y subyugar la onda, de suerte que pueda levantarse sobre sus crestas espumosas y columbrar si en los espacios inmensos aparece algún auxilio. Mas, bien pronto la debilidad de la naturaleza humana se rinde al impulso de aquellos esfuerzos y se sumerge en los abismos. Inútilmente, sobreponiéndose á los afectos y á las ideas que lo desgarran, quiere Filippo tenderse inerte sobre las aguas como sobre un lecho; los vientos, las corrientes, las olas juguetean con él y le amenazan de muerte. En estas angustias un estremecimiento horrible sacude todo su cuerpo, el comienzo de la asfixia.

Nos llamamos soberanos de la Naturaleza; sostenemos nuestra primacía

sobre todos los seres; y un soplo de levísimo aire nos une con la vida universal. Apenas hemos bajado á la atmósfera espesa de los seres acuáticos ó hemos subido á la atmósfera rarificada de las regiones superiores, se extingue esta nuestra maravillosa existencia. Y morimos, no solamente por la falta de aire en los pulmones, sino tambien por el rápido envenenamiento de la sangre. Absorbemos tal número de materias nocivas en tantas acciones y reacciones químicas como constituyen nuestra vida, que el cuerpo está lleno de purificadores destinados á expeler los gases ponzoñosos y los líquidos fatales á nuestro complicado organismo. A medida, pues, que la respiracion es más perfecta, la muerte por asfixia es más súbita. El reptil de sangre fria y blanca puede vivir largo tiempo sin aire; mientras la pobre alondra, que se mece en los espacios cerúleos y saluda con sus notas amorosas los albores del naciente día, se ahoga así que está treinta segundos bajo las aguas, por lo mismo que respira hasta con las plumas y es un foco de vivificante calor. Así el pobre artista, en cuanto sus fuerzas desmayaron, y su cuerpo perdió toda resistencia, comenzó á tragar agua y á sentir terrible ahogo que le encendía los ojos, le amorataba el rostro, le partía la garganta y el pecho, le daba la mortal angustia de una próxima agonía, tanto más terrible cuanto que le asaltaba en la juventud, en medio de la gloria, con la salud más robusta y las ilusiones más primaverales y más floridas. Resistiéndose á su fé el creer en la implacable crueldad de la Naturaleza; en que el cielo tan hermoso estuviera cerrado enteramente á sus quejas; dió, antes de que la respiracion le faltara y la asfixia sobreviniera, por esos mandatos imperiosos del instinto, un grito tan desesperado y tan terrible, que, despues de aquel supremo esfuerzo, perdió el sentido, y se quedó sin conocimiento ya de su vida, cercano, muy cercano á su último trance.

No estaba el mar tan desierto como pudiera creer Lippi en su desgracia. Todavía aquel grito tuvo resonancia en la inmensidad. Uno de los fenómenos, que más le conmovieron y más le desmayaron, como era natural, si atendemos á la exaltacion de su fantasía y al predominio de sus nervios, fué la aproximacion de seres extraños; oscuros, viscosos, con paletas delante y detrás, con larga cola de pescado, con cabeza redonda y aproximada á la cabeza humana, con ojos brillantes; extraños peces que nadaban á saltos, y daban una especie de ronquidos, horribles naturalmente en el silencio á que los seres acuáticos parecen condenados. Envueltos en la espuma por ellos mismos levantada; iluminados por las fosforescencias del mar y por los resplandores de la luna; ya sobre, ya bajo las ondas; parecian mónstruos fantásticos al infeliz que los columbraba inciertamente entre los horrores morales y los espasmos materiales de una terrible agonía. En pos de aquellos seres, persiguiéndoles sin duda alguna, venia gracioso esquife remado por fortísimos remeros que le daban violento empuje y vertiginosa celeridad. En el esquife, á su popa, iba sentado una especie de santon árabe, inmóvil

como una estátua, cubierto entre los pliegues de blanco alquicel, ceñidas las sienes de gigantesco turbante, que habia dado á un jóven ricamente vestido, el cual se inclinaba al mar con un harpon en la mano, el placer de cazar los focas, pues no otra cosa eran los extraños mónstruos, cuya aparicion tanto aterró á Filippo en el momento de cerrar los ojos á la luz, tomándolos, sin duda, por los primeros enviados del infierno á recoger su alma en el momento de desprenderse y alejarse para siempre de su yerto y amorado cuerpo. Así gritó Filippo horriblemente. El jóven que llevaba la vista fija en las aguas, movido del terrible grito, miró y remiró el abismo, sobre el cual flotaba, rígida como un cadáver, la figura esbelta y escultórica del desgraciado pintor vestido, con su rico y pintoresco trage. Al verlo, ordenó á los remeros que se detuvieran, y apenas se habian detenido, inclinó el cuerpo con una violenta inclinacion, y agarró al ahogado con un hercúleo esfuerzo. Hubiérase ido ciertamente al mar, de no retenerlo con brío un tripulante y no auxiliarle con rápido auxilio el Santon. Sacaron, pues, á Lippi con presteza, tendieronlo en la barca con esmero; y el anciano buscó en aquel pecho exánime lo último que en el hombre muere, el corazon. Despues de esta experiencia no muy segura hizo que viraran hácia una galera mora que campeaba sobre las olas y donde habria más remedios y auxilios para socorrer la pobre víctima; precioso y útil cautivo, si acertaban, como querian, á devolverle prontamente la vida. Mientras en la galera mahometana se atendia á Filippo, desnudándole, cubriéndole el cuerpo de esencias, dándole con un fuellecito aire en la garganta para que recobrase la respiracion, salia de Venecia otro esquife en el cual iba un jóven monje y una hermosísima mujer desolada.

—No volveremos á verlo, decia ésta, y un claustro será inmediatamente el sepulcro de mi corazon desgarrado.